

■ Yolanda Arencibia

Conversando con Francisco Ramírez Viu

“La voz define la esencia de un escritor”, le hemos oído decir hace muy poco. La voz ha definido hoy a Paco Ramírez Viu en esta conversación con altavoz

Nos hemos perdido el atractivo de su gesto: la voz pausada, la mirada fija y clara mientras medita una respuesta; la sonrisa abierta que consigue iluminar la imagen de madura seriedad que rodea su figura juvenil siempre inquieta. Sigue siendo un placer –un raro placer, por lo poco común– conversar con alguien como Francisco Ramírez Viu (Las Palmas de Gran Canaria, 1968): una personalidad muy poco común cuyo atractivo rompe cualquier esquema previo de posibles preguntas. Comenzamos a interesarnos por él, a conversar con él, desde hace ya algunos años, cuando nos sorprendió con la frescura cercana de su primera novela, *Mar de Agaete*, en 1998, y, enseguida, con la metáfora abierta y sugerente de *La sombra de Ícaro* (1999). No nos sorprendió entonces que, en el mismo 1999, ganara el Premio Francisco Umbral de novela con el apunte de maestría narradora de *El sigilo de la lluvia*; ni que siguiera a ésta el atrayente existencialismo agónico de *Retrato de un hombre azul...* en 2004; ni que se comprometiese con ilusión en la lucha por sacar adelante un espacio de gestión propio que llamó “Otros ámbitos literarios” y en la impartición que ahora realiza de un curso de creación literaria... Pero ahora mismo, hace apenas un mes, acaba de publicar un poemario de sugestivo título, *Vías del aire*, rico en sorpresas sensoriales e intelectuales para un lector cómplice. Son muchas grandes cosas en muy poco tiempo.

Y abrimos nuestra conversación al aire.

En la presentación de tu nuevo libro te escuchamos decir que la poesía está presente en todas partes y en cualquier momento, pero que hay épocas en que se vuelve más necesaria. ¿Es ésta una de ellas?

Es posible. La verdadera creación encuentra su sitio en cualquier época del mundo, en cualquier momento, pero, como decía Pepe Hierro, cuanto más imperan la racionalidad, la corrupción y el

ansia de dinero, se vuelve más urgente. A pesar de las apariencias, esta sociedad necesita la poesía como el animal que lame la sal para mantener en equilibrio su cuerpo. Es imposible vivir verdaderamente a gusto si el progreso es una pura cuestión económica, ni en el plano personal ni en el social. Ya lo estamos viendo. Todo es una pura cuestión de equilibrio.

¿Se podría afirmar, generalizando, que todo escritor debe escribir poesía alguna vez en su vida?

No lo sé. Para mí, ser escritor es un modo peculiar de estar en el mundo, observando la realidad y penetrando en la bodega mágica donde fermenta nuestra inspiración. Los escritores no trabajamos con simples palabras, ni con conceptos. Lo que nos interesa es lo que subyace bajo ellas, lo que les da vida. Por eso sabemos que si nuestras palabras no significan actos, no significan nada. La poesía es algo familiar en ese estado. Después está la hipocresía de cada uno. Hay escritores que se venden, igual que lo hacen determinados abogados o cirujanos, por ejemplo. Desde luego, escribir no es refugiarse detrás de las palabras como hacen algunos prestidigitadores del lenguaje.

¿Y no te parece que hay demasiada oferta cultural a nuestro alrededor? Se publica tanto que a veces cuesta mucho, quizás demasiado, encontrar un libro que realmente valga la pena, que nos diga algo, que no sean simples palabras como dices...

La verdad es que sí, pero tenemos lo que queremos, al menos por ahora. A lo mejor cuando pase esta vorágine... Actualmente es tan vital estar al día de todo, se consume tanto tiempo manejando “productos culturales” que el individuo común se sumerge inconscientemente en una actividad frenética e insustancial que en vez de cultivar-



Francisco
Ramírez Viu
durante la entrevista
en la Plaza de
la Feria

le se lo impide. Seguramente mucha gente no es consciente de que la cultura es un proceso y no un producto. No es posible acercarse al arte, ni a la belleza, con los mismos hábitos con que compramos en un supermercado o en una tienda de moda. El arte no es un mero entretenimiento, como la televisión.

¿Un escritor como tú se encuentra muy solo en medio de este "mercado"?

Como cualquiera. La soledad es algo muy relativo, porque nos equivocamos con frecuencia cuando creemos estar solos y también cuando creemos no estarlo. Creo que lo radical en lo humano es precisamente la soledad. Yo he decidido no disolverme en la masa, sino ejercitar mi voluntad y dar sentido a mi humildad y a mi soberbia. El esfuerzo siempre tiene algo de solitario. Supongo que cuando de verdad queremos hacer algo y vivimos entregados a un proyecto de cuatro dimensiones, no resulta sencillo atender a cada rato las dudas y los malentendidos que se enredan a nuestro alrededor.

Francisco Umbral dijo de ti que eras uno de los diez o doce escritores que nacen cada generación. ¿Qué tiene eso de cierto?

Salvando la desbordante calentura de esa afirmación, he de reconocer que cada vez me voy viendo más seguro en este complejo mecanismo que es la mente de un escritor.

¿Y cómo es la mente de un escritor?

Sobre todo compleja. Un escritor, tal y como yo lo entiendo, es alguien que vive encerrado en un campo de concentración mental de exigentes entradas y salidas. Muchas obras de arte nacen bajo el impulso de contar algo de esa complejidad, en

eso consiste en buena medida el hecho de escribir. Al final son los creadores los que muestran a los demás las distintas formas de sentir, de pensar, de vivir.

¿Eso es la literatura?

Escribir es lo que me salva. Lo que me salva de mí mismo en primer lugar y, a la vez, algo que me acerca con cierto sentido al entorno que me rodea, a las personas, a los sentimientos, a las cosas. Es un intenso diálogo con la realidad, porque es ella la que propone la conversación. También es un refugio y una proyección, pero no una simple incontinencia. De hecho, existe un abismo entre la literatura entendida como simple terapia, lo que algunos especialistas llaman *literacura* y la literatura. Para escribir hay que sentir, evidentemente, pero también hay que pensar. Es un ejercicio de lucidez.

¿Se puede vivir realmente de la creación en estos tiempos que corren?

Sí, sí que se puede, aunque a veces parezca un milagro entre tanta ordinariez. Yo lo he pasado mal en algunos momentos, sobre todo cuando la presión de fuera avivaba la de dentro. Y lo seguiré pasando mal en otros momentos como cualquier persona. La competitividad excesiva tiene muchos peligros —empezando por la calidad de la propia obra artística—, además de ofrecer un espectáculo lamentable. Escribir me ha hecho más fuerte, me he vuelto más duro con la presión, con las envidias, con las críticas de los que no entienden lo que haces. Y me he vuelto más comprensivo hacia otras cosas mucho más importantes que las críticas mediocres. La ignorancia es muy atrevida, pero acaba cayendo por su propio peso.

¿Desde cuando escribes?

Siempre me ha atraído el arte como forma de expresión: la pintura, la fotografía, el teatro, el cine, la música... Desde muy pequeño me he visto cómodo al lado de este tipo de lenguajes. La literatura me empezó a interesar más cuando aprendí a saborear la lectura, con dieciocho o diecinueve años aproximadamente. Empecé a escribir cartas a los periódicos, letras de canciones y pequeños poemas. Desde aquel momento la necesidad de escribir ha ido creciendo al tiempo que crecía mi personalidad. Por eso creo que las cosas llegan a tiempo de empezar a ser valoradas por mis propios ojos.

¿Cómo definirías tu estilo?

¿Mi estilo? Es una pregunta difícil de contestar porque no es fácil conocer los detalles de la propia intimidad y porque tendría que recurrir a contar algunas cosas excesivamente personales. A grandes rasgos es fresco y ágil, incita a pensar, está muy relacionado con lo poético, con lo psicológico y con lo natural; en el fondo, con mi propia formación. Pero eso sólo a grandes rasgos y tal vez esté equivocado, porque en ocasiones es negro y contundente, otras es surrealista y muchas veces trato de internarme por caminos que no conozco. Creo que no escribo especialmente bien, pero reconozco que poseo una extraña sensibilidad y consigo transmitirla, eso es todo. Y quizás también una visión de la naturaleza que atrae por su humanidad.

Tus novelas tratan muchos temas: entre ellos precisamente el de la creación artística: ¿Cómo se consigue progresar en este oficio?

Con una fe enorme en uno mismo, sobre todo eso. Si no, resulta prácticamente imposible. Confiar en uno mismo no evita los malos momentos, sino que les da sentido. Creo que la persona creativa no sólo lo demuestra en el campo del arte al que se dedica sino, fundamentalmente, en su actitud frente a las cosas. La diversidad de los problemas que afectan a un escritor obliga a aplicar un montón de estrategias distintas y novedosas. Es posible que ahora, además del talento, sea necesario aprender a moverse en el mercado del arte. Para mí no supone una contradicción, sino una sucesión de actividades distintas y complementarias. Para poder ser escritor he tenido que aprender a rodear la cuestión y acercarme de diversas maneras profesionales que me dieran de comer: como editor, gestor cultural, responsable

de ediciones, articulista, colaborador, director de revistas, cantautor, locutor de radio, organizador de actos culturales, corrector de estilo, maqueta-dor o guionista, por ejemplo.

Creo que también tienes una amplia formación cultural... Sí, mi formación también es bastante diversa. Estuvo centrada sobre todo en las ciencias, algunas abstractas (matemáticas y filosofía) y otras más terrenas como la geología o la paleontología.

Una formación bastante científica...

Afortunadamente.

¿Por qué?

Porque me ha dado una visión amplia de la existencia. A vivir se aprende viviendo, y a pensar, pensando. La geología incide en aspectos del tiempo y del espacio que son difíciles de apreciar en otras materias. Las matemáticas ofrecen un indudable sentido del orden, de la lógica y de lo lúdico; la filosofía te obliga a ser fuerte y a caer muchas veces.

¿Para ser un escritor comprometido hace falta acercarse a la política?

La política me interesa mucho desde que era un niño. De políticos hablo muy poco porque simplemente no creo en ellos, como clase o grupo. La clase política viene de donde viene, tiene claros intereses económicos y de poder en general. Hay excepciones, por supuesto, pero son la excepción que confirma la regla. Los partidos son grandes sectas que no están incluidas en las listas de las sectas peligrosas porque las elaboran ellos mismos. Eso lo he visto muy de cerca. Sus líderes no me gustan, no me resultan creíbles. No hay más que ver los temas que proponen ahora mismo en sus debates. Precisamente porque me dedico a la literatura, tengo cierta habilidad para ver lo que esconde un rostro, unos matices, los rasgos generales de la cara, sus facciones, unos determinados gestos. Los escritores somos buenos observadores en general y tenemos afilado el sentido de la observación. Este sentido de la observación no contradice en absoluto lo que te acabo de decir de los políticos, sino que lo corrobora. La política, al menos en nuestro país, está en horas bajas, y me da la impresión de que no sólo está ocurriendo aquí. El escritor, en cambio, posee una capacidad extraordinaria, la de cambiar el mundo, o si lo prefieres, el poder de influir en lo que aún no

existe. Nuestra contribución es mucho más honda y mucho menos interesada.

Es evidente que te interesa la educación: has escrito también novela juvenil, impartes cursos de



creación literaria, has creado una asociación cultural... La juventud te interesa. ¿Cómo la ves?

Antes de hablar de ella preferiría que me preguntases por sus antecesores. La educación es vital. Cuando se descuida, las responsabilidades hay que pedir las a los omisores. A esta juventud se le ha enseñado, entre otras barbaridades, a quejarse sin razón, a mostrar desencanto porque sí o a renunciar a lo difícil. Esta cultura *light* está como alelada y cada golpe que recibe resuena como un terrible gancho de boxeo en la cara de un niño. De ahí, en parte, la necesidad que siente de evadirse. Doy cursos de creación literaria a gente muy joven, como dices, y te aseguro que aprendo de ellos. Y, por lo visto, ellos también están encantados con lo que aprenden. ¿Les exijo? Pues sí, la verdad es que mucho. ¿Y dan? Mucho, también. Yo voy a lo mío, no me detengo morbosamente a contemplar a toda esta panda de derrotados treintañeros y cuarentones con espinillas en el alma y en los gestos. Me aburren.

¿Qué ve un escritor como tú?

Muchas cosas. Ahora mismo, una incultura enorme que se extiende como una riada. Creo de verdad que sin ella no se puede construir nada que merezca la pena. Ya veremos con qué nos encontramos cuando baje la marea. La cultura no se adquiere en un cursillo acelerado de un fin de semana ecológico, tolerante y de oferta. La cultura –la educación en general– exige esfuerzo que, por lo visto, es un valor demasiado exigente para la capacidad actual de reacción. Muchas de las cosas que conforman en apariencia la cultura de ahora no pasarán a la historia, no valen gran cosa.

¿Y cuáles te importan a ti?

Muchas cosas me importan muy poco. Algunas, pequeñas y grandes al mismo tiempo, como la luz de la tarde entre las ramas de un árbol o mi propio esfuerzo para no hacer con los demás lo que no querría que hicieran conmigo, me importan mucho.

¿Cómo madura un escritor?

Como cualquier persona, derrochando el tiempo en este arte del amor. Es necesario derrochar el tiempo con las palabras como se derrocha con el amor o con la vida, porque las cosas nuevas y las ideas afortunadas no surgen de otro modo. No sé por qué no se habla de explotación o de esclavitud en nuestra sociedad. Mucha gente vive prisionera de sus horas insatisfechas, de sus ocupaciones

sin motivación o de sus depresiones. Mucha gente se queja del escaso tiempo que tiene para vivir, aunque no haga nada por evitarlo. Esta manera de derrochar inútilmente las energías me parece una afrenta al propio ser humano. Yo abogo por la cultura del no-hacer, que no tiene nada que ver con la indolencia o la pereza. Se trata de no malgastar las fuerzas sin sentido, sino de aprovecharlas con inteligencia y con sentido de futuro. La única manera de conseguirlo es teniendo un conocimiento amplio y profundo del entorno que te rodea para después poder seleccionar y ejercitar tu voluntad.

¿Qué exige la literatura?

Muchas cosas, todas. En esta sociedad de la información en la que las palabras tienen tan poco valor aparente, el hecho de ser escritor es un verdadero privilegio y exige un optimismo a prueba de bombas. No me puedo quejar del viento que hace. Lo digo, lo expreso, lo constato, pero ajusto las velas y me levanto todos los días con la ilusión de hacer cosas. No comparto esa actitud desproporcionada, que refleja buena parte de la literatura y del cine actual, de seres marginales, donde todo es tan inestable que no puede existir la confianza ni el compromiso, donde lo que prima es el puro sentimiento, una sinceridad que es pura neurosis... Supongo que es una actitud que surge como contestación a esa otra que nos ha

atenazado durante tanto tiempo, mucho más rígida y conservadora. Esas dos posturas extremas de vivir la realidad me parecen completamente insoportables.

¿Es temporal este abandono de la narrativa para adentrarte en la poesía?

Como te he dicho antes, todo es poesía en algún sentido. Ahora mismo estoy escribiendo varias cosas: un pequeño ensayo, el guión de un cómic, algunos poemas, textos para un libro de fotografía, una novela de la que espero mucho, escrita bajo la luz de noviembre...

¿Qué le pides a este nuevo año?

Ni pido nada, ni juego a la lotería. Ni la inspiración ni la constancia en el trabajo son cosas que se puedan pedir. Además, tampoco creo mucho en el poder de los milagros.

Pero la literatura es algo mágico...

Es más que eso, es real. Es el lugar donde se descubre su sentido. Que lo mágico exista en un mundo inconcebible me parece una terrible derrota. Lo mejor de lo mágico es que existe en un mundo real, donde su existencia está aparentemente vedada, es imposible o no tiene sentido. La literatura es una forma de estar en el mundo, de verdad que lo creo así. Y yo ya la he elegido. O ella me ha elegido a mí.

